

SOBRE EL EXTRAÑAMIENTO

82

Publicado en español más de 20 años después de la edición original y casi un cuarto de siglo más tarde del viaje a Japón —de cuya crónica es materia este pequeño libro—, sin embargo retiene todavía la profunda fragancia de la textualidad barthesiana y su claridad ensayística a lo Montaigne, dando, en este caso, testimonio del profundo extrañamiento de un occidental en Oriente. No es el Japón actual el mismo de un cuarto de siglo atrás, pero la conclusión que emana de este escrito es que su peculiar vía de modernidad, su anacrónica contemporaneidad, estaba ya inscrita en el recorrido de Barthes, y especialmente transcrita en su texto —una de sus primeras aventuras verdaderamente literarias—: el autor escribe sobre Japón, es decir, agrega textualidad a la urdimbre infinita de una sociedad/ciudad que es, antes que nada, texto, escritura, puro signo. Si Occidente es, sobre todo, sentido, es decir, esfuerzos diversos para otorgar significado, Oriente —Japón y Tokio, en este caso— supone, principalmente, signo (o sea, trabajo para construir significantes).

A partir de ese descentramiento —o extrañamiento— posicional de Barthes, en torno de esa capacidad antropológica para distinguir, el libro propone un examen de la diferencia respecto de Occidente, o sea, un análisis de la identidad, construida como una voluntad signífica que impregna toda la cotidianeidad urbana japonesa. Toda materialidad se tiñe de esas diferencias: por ejemplo, en el orden de los alimentos, que sólo están cortados o fragmenta-

dos, pero que no son transformados por la cocción. Las sopas tan nítidas o transparentes, los platos son construcciones de pequeños montones cuidadosamente diferenciados, en color y forma. Esta inversión de sentido, este predominio de una pasión escritural se da también en los paquetes o envoltorios: artes esenciales cuya calidad supera a veces la entidad de lo contenido. Más importante que regalar es, en Japón, presentar el regalo, lo que no deja de ser más que otra de las muchas figuras de protocolo o ceremonia. O en las contradicciones (miradas desde Occidente) como la existencia de un centro urbano vacío o la innominación del domicilio, que no tiene identidad ordinal sino que requiere una paciente descripción para poder ubicar un sitio.

Ciertas dimensiones de la cultura, como el teatro *bunraku* o la poesía de *haikús*, también quedan definidas por las tajantes inversiones (de sentido) respecto de la lógica proyectual occidental. El *bunraku*, antes que disimular su condición representacional, la exalta: genera una suerte de discurso artístico acentuando la convención, el artificio y una especie de producción de empatía emocional basada en la superposición de efectos. El *haikú* es la antidescripción: antes que presentar (o re-presentar) una dimensión de lo real, intenta constituirse, autónomamente, en realidad, en objetos y sonoridades.

El empático análisis barthesiano (que supone la primera efectiva puesta en crisis del alcance de su pasión estructuralista: aquí todo se escurre)

alcanza, por último, certezas interesantes en su reflexión sobre lo arquitectural. Un interior que muestra la antitectónica japonesa se acompaña con unos apuntes manuscritos de Barthes que invitan a invertir la imagen para concluir con su observación de este análisis del espacio tradicional japonés: «Nada más, nada otro, nada».

Y de la ciudad como *continuum* infinito de signos dice lo siguiente: «Desde la pendiente de las montañas hasta el rincón del barrio, todo aquí es hábitat y siempre estoy en la estancia más lujosa de ese hábitat: este lujo que además es el de los quioscos, los corredores, las casas de recreo, los cuartos de pintura, las bibliotecas privadas, proviene de que el lugar no tiene otro límite que su tapiz de sensaciones vivas, de signos brillantes (flores, ventanas, follajes, cuadros, libros); no es ya el gran muro continuo que define el espacio, es la abstracción misma de los puntos de mira (de las miras) que me encuadran: el muro se destruye bajo la inscripción; el jardín es una tapicería mineral de menudos volúmenes (piedras, huellas de un rastrillo en la arena); el lugar público es una cadena de acontecimientos instantáneos que acceden a lo notable en un destello tan vivo, tan tenue que el signo desaparece antes de que el significado haya tenido tiempo de aprehenderlo».

En esta contradicción (porque es fruto de una fruición analítica occidental), Barthes logra constituir un camino de interpretación —que ya es pura fenomenología: la virtual extinción del paradigma estructuralista— de ese imperio de signos que es Japón, incluso el hipertecnológicamente contemporáneo. (R.F.)

■ ROLAND BARTHES, *El imperio de los signos*, Ed. Mondadori, Madrid, 1991. ■

